



bicicletas

EL VIAJE DEL ESCRITOR



LECTORES CHAPINES



LECTORES CHAPINES

lectoreschapines.com

Bicicletas

REFLEXIÓN INICIAL POR AROLDÓ ORELLANA



3

Quizá viajar en bicicleta ya no supone el placer de antes cuando el ritmo de la vida no era tan veloz. Desplazarse al ritmo que permite la fortaleza de las piernas no es lo mismo que aprovechar el impulso de un rugiente motor a gasolina. Ni la velocidad, ni el alcance son los mismos. Quienes carecemos de entrenamiento en el deporte de los pedales, difícilmente logremos traspasar la barrera de, ¿los diez kilómetros?, por mucho que sea nuestro entusiasmo. Disfrutar de un paseo sobre la bicicleta exige que nos enfoquemos en vivir el momento, sin prisa, con deleite. Observar el paisaje, aspirar el aire sin premura. Administrar nuestras energías en el viaje de ida de tal forma que sean suficientes para el regreso.

Es casi como el amor que ahora buscamos con ansiedad, para vivirlo rápido y desechable. Eso sí, bien protegidos para evitar las consecuencias de largo plazo, tal como dicta la nueva moral.

Milan Kundera menciona en alguna parte que sin duda, aceleramos nuestro paso en la vida porque tenemos prisa por dejar algo atrás. Justo como sucede cuando viajamos, nos urge alejarnos de nuestro origen para pronto llegar a nuestro destino, cuanto más rápido, mejor. El viaje, con todos sus valores para disfrutar, pasa a segundo plano.

Afortunadamente el tema seleccionado para este viaje del escritor nos hace reflexionar, desde varias perspectivas, sobre la belleza de los paseos en bicicleta. Invito al lector a disfrutar de unos relatos en cuyo telón de fondo se puede advertir la palabra lentitud.

Relatos



» Bicicletas.....	3
» Pedaleando pensamientos	5
» Paseando la bicicleta	8
» Ruedas	10
» Vidas en doble rueda... ..	13
» Seguir Pedaleando	21
» El anciano	25
» Equilibrio.....	27
» Agradecimientos.....	30

Pedaleando pensamientos

POR ALEX GODÍNEZ



5

La rutina y largas horas de trabajo me habían obligado a llevar una vida sedentaria. El sobrepeso no se hizo esperar, tenía que hacer algo. Me decidí a hacer algún tipo de deporte, ya que en mis años de “joven” siempre me ejercitaba de una u otra manera. Resolví que tenía que salir a hacer bicicleta, pero no tenía una; hace años que había dejado la mía y fue presa de mi hermano menor para hacerle modificaciones. Al final no recuerdo cual fue el paradero de mi fiel amiga.

Por días anduve buscando una bicicleta montañesa para salir a ejercitarme y recrearme un poco. Conseguí una ganga en un comercial que hoy en día ya desapareció —causa de la crisis económica, supongo—. El siguiente fin de semana salí con ella, la meta era darle la vuelta a la colonia que se sitúa arriba de mi casa. Me refiero a ella de ésta forma porque me encuentro casi en una localidad inclinada, la calle que pasa afuera de mi hogar es una bajada que se dirige hacia otra colonia; así que me dirigí a la colonia de “arriba”.

Al montar mi nueva bicicleta pude comprobar lo que se dice: “Es como aprender a manejar bicicleta, una vez aprendes nunca se te olvida”, tiene toda la razón esa frase, pensé que ya no podría, tenía muchos años de no manejar bicicleta, pero fue muy gratificante y curioso la facilidad con que manejaba el aparato metálico.

Serian como unas tres o cuatro cuerdas las que recorrí, cuando ya quería regresarme del cansancio que sentía. Las piernas ya no daban un pedaleo más, las sentía del doble del grosor que son comúnmente. Me bajaba a empujar la bici y el dar un paso era difícil también. Fue un fracaso total esa salida, me reía de mi mismo, algo tan simple no podía hacer: estaba muy fuera de forma.

No me deje vencer, durante esa semana entrené un poco en la casa haciendo ejercicios y usando una escaladora vieja que estuvo por ser botada a la basura más de una vez, y el siguiente fin de semana volví a ejecutar el mismo recorrido, esa vez llegue más lejos, que era una de las metas iniciales. “¡Qué bien!” dijeron mis pensamientos.

Siguieron los fines de semana y no recuerdo qué número fue cuando llegué mucho más lejos. Logré llegar a la universidad de San Carlos, mi alma máter, que está un poco alejada de mi casa.

Era un día domingo, me di cuenta que muchos llegaban ahí a hacer deporte, ya sea corriendo o con bicicleta. Era otro ambiente el que se percibía, y más cuando llegue a la facultad de ingeniería. Fue algo especial, me vinieron muchos recuerdos de mis días de estudio en esas instalaciones.

Aún recordaba el primer día de clases que tuve, las gradas que he de haber subido y bajado cientos de veces. Al entrar me tope con el área de “ranchitos” que muchas veces ocupé para hacer alguna que otra tarea, para pasar el rato mientras llegaba la hora de algún curso o alguna otra cosa. Seguí pedaleando lento y llegué al área central que está rodeada por edificios, donde se encuentran jardines y varias bancas de cemento y de metal, que es conocido popularmente como “las bancas” —original nombre, ¿verdad?—. Grandes recuerdos vinieron a mí, pase varios días universitarios en esas bancas, creo que cada una podría contar su propia historia. Al pasar por esa área, y algunas bancas en particular, me detuve, y creo que sentí que el tiempo se detuvo conmigo entre tanta memoria.

Observé una banca, particularmente su respaldo, y me vi sentado en el, me vi en varias situaciones que viví en ese pedazo de cemento inanimado, como la vez que

me tocó esperar varias horas a cierta fémina, aunque el tiempo no lo sentí, ya que a cada rato llegaban amigos a saludarme y quedarse un momento “casaqueando”; o como la primera vez que me senté en el respaldo de la banca, y la banca hizo lo suyo con un movimiento que pensé que iba a dar vuelta, y con ella yo, pero fue falsa alarma, esa banca estaba empotrada al suelo y solo estaba floja, eso todos los que se habían sentado ahí lo sabían y se pensaba que era imposible que se diera la vuelta, pero todos tuvimos esa primera vez de susto; también recordé las muchas veces que coincidimos en horarios libres con una amiga y nos sentábamos a platicar un poco a fin de matar el tiempo y de salir un poco de los estudios; y de muchas ocasiones en que “las bancas” formaron cierto protagonismo en el diario vivir de aquella época universitaria. Cada situación dio origen a muchos momentos buenos de mi vida, que quedarán en mí por mucho tiempo.

Seguía pedaleando lentamente, circundando toda el área y de un momento a otro me sentí extraño y un poco extranjero en aquel lugar. Observe varios cambios, ya no era la misma facultad que dejé la última vez que asistí a clases —que por cierto no tengo un conciso recuerdo de cuando fue—. Nunca imaginé que algún día pasearía por la facultad en bicicleta y en ese momento lo estaba haciendo. Luego cuando salí de aquel lugar, me dirigí a seguir dando “la vuelta” y en ese clima fresco, el aire soplando frente a mi rostro, mi mente se encontraba más

relajada por aquellos buenos recuerdos. Sirvieron de mucho para continuar el recorrido hacia la salida de la universidad, que con más gusto terminé.

El camino de regreso a casa fue más calmado ya que no había mucho que pedalear. La pendiente permitía que la bicicleta “agarrara aviada” y no realizaba mucho esfuerzo, tiempo en el cual los pensamientos creo que caminan más lentos, porque la mente está fijada en llevar mayor control del vehículo de dos ruedas, por la pendiente que hace que se viaje a más velocidad.

Al llegar a casa sentí quitarme un gran peso de encima. Me liberé de preocupaciones, de malos pensamientos, de enojos, de estrés y de muchas cosas. El ánimo era otro. El hecho de haber cumplido la meta y de llegar adonde no había pensado era un gran aliciente. Y mejor aún, con algún premio en el camino, que fue vivir viejos recuerdos.

Aunque estaba cansado, el cansancio de lo cotidiano había desaparecido.

Paseando la bicicleta

POR AROLD ORELLANA



8

Miguel y Ana Lucía se conocieron en el colegio. Para Miguel, fue verla y enamorarse. De Ana Lucía no sé cuánto tiempo le llevó entusiasmarse con él —Miguel y yo nunca hemos podido entender esas señales ambiguas que utilizan las mujeres para comunicarse—. Ella estudiaba para maestra y él seguía la carrera de contabilidad.

Miguel es uno de mis más queridos amigos. Practicábamos deportes juntos en la época escolar y aunque él poseía mayor destreza, eso no limitó nuestra convivencia fraternal. El vehículo que utilizaba para movilizarse por la ciudad era una bicicleta marca Benotto, de turismo. Un espécimen raro porque no era de las de carreras que utilizábamos el resto de amigos. Tenía la característica de poseer una parrilla muy sólida en la parte posterior, donde solíamos sentarnos para que nos llevara de pasajeros.

La obsesión de Miguel por Ana Lucía rindió frutos el último año de estudios en el colegio. A partir de entonces era común verlos paseando en aquella bicicleta, siempre el

que conducía con entusiasmo era mi amigo y ella, de muy frágil salud, se dejaba llevar a donde él quisiera.

Fue en los días de la navidad posterior a nuestra graduación que Miguel llegó a mi casa a contarme del embarazo de Ana Lucía. Se veía muy confundido y alterado. Llegó a pedir mi consejo sobre la forma de enfrentar la situación. Nada le pude decir, pues entre dos, casi adolescentes imberbes, las ideas funcionales no fluían. Después de una larga conversación, cuyo contenido no recuerdo, se fue y no supe de él sino hasta cinco años después. Lo encontré por el parque central. Iba pedaleando lentamente en su singular bicicleta. Me contó que se había casado y que recién había nacido su segundo hijo. Ya para entonces trabajaba en la firma internacional de auditores donde permaneció casi toda su vida. Los siguientes dos años nos vimos con frecuencia y la mayor parte de las veces llevaba a uno de sus hijos en la parte trasera de su bicicleta. A Ana Lucía no la volví a ver.

Nuestros caminos se separaron pues me fui a estudiar y trabajar a otra ciudad. Ahora que regresé a mi tierra, después de cuarenta años de ausencia, nos encontramos de nuevo. Miguel está mal. El recuerdo de mi amigo triunfador se desvanece ante una realidad muy amarga que duele. No me explico por qué lleva su bicicleta, si camina a la par de ella, ya no la conduce. Me cuenta, con un ritmo pausado, que su esposa lo abandonó, que simplemente se aburrió y se fué. Que de su trabajo lo echaron porque ya no era conveniente para los intereses de la empresa. Que su desesperación lo llevó a beber y a jugar en casinos con prostitutas

que poblaban su vida de sonrisas y placer. Entre suspiros y sonrisas mal fabricadas, me contó de lo importante de conservar en buen estado su bicicleta, el único recuerdo de tiempo mejores.

Miguel siempre ha viajado gracias al esfuerzo de sus piernas. En la parrilla de su vehículo viajaron todos los seres importantes de su vida, todos confiando en el poder de sus piernas. Hoy, gracias a sus piernas, su bicicleta aún sale a pasear con él.

Ruedas

POR CHRISTIAN RODRÍGUEZ



10

La joven Ixtzunun empujaba su vieja, oxidada y pesada bicicleta cuesta arriba en un empinado y polvoriento camino. Sus piernas ya no pudieron ejercer la fuerza suficiente contra el pedal y la biela para que la rueda siguiera girando. Le faltaba aire, estaba casi asfixiada. El mecanismo era tan viejo que no contaba con velocidades, pero ese no era el motivo por el cual no pudo seguir pedaleando. En ese momento estaba intentando salir de la nube de polvo que había dejado un automóvil todoterreno que acababa de pasar por allí a gran velocidad.

Sus ojos comenzaron a ver más claramente, comenzó a respirar con normalidad y su garganta se fue despejando mientras la nube de polvo se asentaba en las flores, en los árboles, en las piedras, en las siembras. Sus negros y largos cabellos ahora lucían de color canela, al igual que sus pestañas.

Su carcomida bicicleta tenía el doble de años que ella misma, era una bicicleta de paseo muy vieja. El sillín estaba roto, pero era sostenido con una madera atada con

una cuerda y un alambre. Había pertenecido a su padre y ella la había heredado tras la muerte de su tan querido y apreciado tat.

Mientras seguía empujando perdía la mirada en la rueda delantera y las varillas de metal que giraban y giraban. Giraban como todo lo que existía en el macro y en el micro cosmos. Tan presente tenía el girar de las ruedas que le recordaban los movimientos de “[La Abuela Luna, el Padre Sol y la Madre Tierra](#)”. El girar de los calendarios de sus ancestros.

Su pasado volvía a su mente, repitiéndose, girando constantemente en recuerdos recurrentes. Su papá, un hombre de campo, de aquellos que tienen dibujado en su rostro los mismos surcos que habían arado durante su vida, fue un hombre cariñoso, aunque un poco machista al modo que le enseñó la religión y la costumbre de una sociedad patriarcal. No tuvo más remedio que prohibirle el estudio a su hija Ixtzunun, para que se hiciera cargo de sus hermanitos y de los quehaceres de la casa. Ella protestó, se enfadó,

lloró, dejó de comer y eso último le dolió tanto al padre que finalmente cedió.

En la bicicleta, aprovechando el viaje a la finca de los terratenientes que le dieron trabajo y en donde le exigían dejar hasta el alma empeñada, llevaba a la pequeña Ixtzunun a la escuela sentada en el tubo superior. Ella disfrutaba del viento en su rostro, del paisaje, de ver a la gente caminando con sus coloridos trajes, siempre con algo que hacer, trabajando duro y preocupándose por los demás. En la bicicleta comenzaron a tenerse más confianza, su amistad fue creciendo, su padre se convirtió en su mejor amigo. De vuelta a casa, ella también lo esperaba, aunque podía ir caminando, pero disfrutaba tanto con su padre que en ocasiones le pedía que fueran a casa tan solo andando, empujando la bicicleta para tardar más tiempo y así aprovechar para escuchar las historias que su padre le contaba. Historias fascinantes que parecían no ser ciertas, pero él decía que si lo eran, porque su padre se las había contado antes, a quien hizo lo mismo el abuelo y el bisabuelo desde tiempos ya perdidos en la memoria. Tan sólo las historias seguían girando por doquier.

Cuando el paisaje se aclaró, Ixtzunun se sintió feliz, de nuevo podía apreciar el cielo, las montañas, la milpa, las aves, todo lo que ella misma portaba en figuras tejidas a mano en su corte y en su huipil.

Al final de la cuesta era el momento de montar de nuevo en la bicicleta y seguir peda-

leando por un terreno más llano, por casitas desperdigadas entre los maizales, siembras de frijol y diversas hortalizas. Varios patojos y patojas montaban bicicletas más modernas, más cómodas, pero ninguna llamaba tanto la atención como la bicicleta de Ixtzunun, con aquellos sillines alargados que no producían dolor de culo, las suspensiones simuladas que la hacían tan rígida que a pesar de los años seguía sin haberle cambiado muy pocas piezas, pero especialmente lucían aquellos enormes catadióptricos y un alto manillar como si de armas para librar épicas batallas se trataran.

Llegó por fin a un camino asfaltado, y el viaje se hizo más cómodo aunque no tan placentero. Constantemente iban y venían automóviles de todo tipo dejando en el ambiente un olor nauseabundo a rancios gases quemados. En esos momentos prefería los caminos polvorientos, aquellos que huelen a tierra, a nuestra Madre Tierra. Algunos m'us incluso le bocinaban para que se apartara o simplemente por bocinar sin más y diluyendo el sonido del ambiente en una cacofonía mecánica.

Las ruedas seguían girando y de nuevo se perdió en sus pensamientos. Pensó que las ruedas no eran las que giraban sobre el camino —¿sería posible?— era el mundo el que giraba bajo sus pies accionado con su pedalear. Imaginó que las ruedas de la bicicleta eran la vida misma. Se dio cuenta que la rueda trasera era el pasado, era la que más trabajo costaba mantener girando, pesaba

sobre esa rueda gran cantidad de recuerdos, bonitos y feos, sentimientos alegres y dolorosos. Pero si se mantenía girando esa rueda trasera lograba que la delantera, que era el presente, siguiera avanzando hasta donde uno decidiera. Qué recuerdo tan lindo, cuando su papaíta decidió enseñarle a manejar la bicicleta, con toda la paciencia del mundo. Ixtzunun aprendió rápido, eso fue bueno para el padre porque él ya presentía que un día ya no se podría tan siquiera levantar para ir a trabajar. Y así ocurrió, cayó muy enfermo poco tiempo después. Murió. Dejó de existir en este mundo de una enfermedad que ataca únicamente a los pobres, en la ciudad le hubieran tratado y curado pero en la aldea ni siquiera el Ajq'ij pudo adivinar qué tenía. El adivino únicamente sabía que el alma de tat ahora estaba girando en otro plano existencial, en el mismo lugar, pero de diferente modo.

Ixtzunun llegó a un lugar con gran concentración de gentes de todos los pueblos. Era fácil identificar de qué pueblos provenía cada quien por los diseños de sus trajes. Habían tantas personas que tuvo que bajarse de la bicicleta y llevarla empujando entre la muchedumbre. Era un mercado inundado por exquisitas fragancias de incienso, frutas y flores, y la vista se perdía en el gran colorido de mascararas, trajes, telas y más gente.

Encontró un lugar para colocar su bicicleta y allí comenzó su corazón a girar tan rápido y fuerte que no soportó el momento y soltó a llorar.

—¿Qué pasa hija? ¿se siente bien?—preguntó una de las tantas personas que se acercaron para ver lo que tenía la patoja.

Entre lágrimas y mocos que le recorrían el rostro dijo tan sólo que necesitaba vender la bicicleta. La voz recorrió todo el mercado, girando una y otra vez, hasta que un señor dijo estar interesado. Negoció y acordó con Ixtzunun pagar la mitad del precio que ella había ofertado al principio.

Ixtzunun regresó caminando a su aldea después de haber tenido que pagar un hospedaje para pasar la noche. Su mamaíta la esperaba preocupada y al verla sin la bicicleta también soltó el llanto: el dinero les sería útil para el funeral de su tat.

Al morir el alma se va al inframundo, a Xib'alb'a, el lugar donde brotan el agua y las semillas, elementos que dan la vida a quienes habitan la tierra y, por tanto, es también el lugar del renacimiento, donde vuelven los difuntos a ayudar a los vivos, en un girar constante de vida.

Vidas en doble rueda...

POR LIDIA LORENZO



Años atrás, yo soñaba conducirme al volante de un bonito automóvil, nada lujoso, nada extravagante, tan solo un cacharro decente que me llevase de un lado a otro, ahorrándome así unas cuantas dificultades. Pero... eso era antes.

Hoy, voy al volante de un decidido vehículo de dos ruedas, que me cansa tanto más que andar a pie, pero aquí me tienen, voy feliz con mi perro que no necesita correr para alcanzarme. Sea como sea, este es mi único medio de transporte por ahora (además del autobús), y me gusta. Cuando voy en este, con un casco viejo, nada envidiable, que suele causar cierta gracia a los demás, me siento completamente libre, feliz y dueña de mi propio mundo.

A ti, de pronto, te encontré un día sentado junto a mí... tratando inútilmente de entender al Quijote. Y para entonces ni tu ni yo sabíamos cuánto vendría más adelante, es más, el libro que aun tenías entre las manos recién despertaba y nos arrancaba las primeras lagrimas, sonrisas, corajes, si-

lencios prolongados..., noches de desvelo y nostalgia, todo en quedo con una diminuta luz que celosamente se refugiaba entre las hojas que en nuestras manos sostuvimos. Contigo las palabras se me escurrían como el agua del vaso a la boca, contigo me sentía sobrenatural, diferente, ajena, y satisfecha. Solo así descubrí mis pensamientos y sentimientos en plena armonía.

Es así como voy de nuevo en corriente y contra el viento, escribiendo una nueva historia, tratando de disimular un poco que siempre te llevo aquí. Escribiéndote a medio ir y venir como ahora que voy sobre la bicicleta, de vereda en vereda, en carretera o, en terracería... siempre corriendo el riesgo de caer, de perderme en el camino. De perderme para alcanzarte.

¿Cuántas probabilidades habían de que te cruzaras en mi camino o yo en el tuyo?... Aún ahora me pregunto lo mismo, cuando voy al trabajo, cuando regreso a casa... cuando trato de huir del mundo.

No nos dimos cuenta de cuán ligeros se habían ido los años, y habrían pasado quizá muchos más, de no ser que un día súbitamente nuestras vidas se rompieron, se llenaron de silencio y se hizo una eterna distancia. Y a pesar de todo, aún pienso en todo como si hubiera sido ayer, de cuando logramos sobrepasar los obstáculos que en aquel entonces se nos presentaban, y apañárnoslas para disfrutar de aquellas horas efímeras, espolvoreadas de risas, charlas prolongadas en las que todo parecía trascendental sin serlo en realidad. Nuestro problema de transporte era algo ya evidente, además de mis dificultades que para entonces ya se hacían notar. Tu; con tu vieja cafetera como solías llamarle a tu carrito tan pasado de época, que en vez de sacarte de apuros te sumaba uno día con día (hasta que al buen tiempo, la cambiaste por una novedosa bicicleta), así pues la mayoría de veces era verte en autobús, colado con las amistades, o en taxi en casos extremos o de urgencia. Lo mío era poco menos variado, la bici (que para entonces aún utilizaba a la perfección) y también el autobús.

Detallo todo lo anterior porque fue la razón principal por la cual mi vida es la que es ahora y porque nunca más tuve una mejor razón para ser feliz.

...

Hace varios años, ambos éramos tan solo unos chiquillos de solo 13 y 15 años, delirando libertad, felicidad y que en absoluto teníamos nada que fingir o explicar al mundo.

Para aquel entonces yo solía despertar desde muy temprano, me desperezaba del sueño y salía a correr en bicicleta, todos los días a las 5:15 de la mañana, y a dos cuadras de donde vivía estabas tú, esperándome. Los primeros aires de aquellas mañanas aún eran limpios y frescos, por lo que nos complacía enormemente correr por la carretera custodiada de arboleda. Luego de un par de horas, estábamos de regreso con un tremendo cansancio que era siempre motivo de bromas. Por las tardes, luego de regresar del colegio y de cumplir ambos con nuestras responsabilidades en casa, solías hacerme compañía cuando tenía libro para leer y... te hago justicia hasta la fecha de no haber encontrado a nadie más con semejante virtud de permanecer a mi lado largo rato y escucharme leer con atención y entusiasmo. Pocas veces podías invitarme a un helado, un refresco o una golosina ya que ninguno de los dos tenía dinero para ello (y ni para ninguna otra cosa). Por eso yo solía ingeniármelas para siempre preparar panecillos o lo que pudiese sacar de casa y llevar a la llanura cerca de casa, para ambos.

Así pasaron los años hasta que, cuando yo estaba cerca de cumplir los dieciocho, ya no pude salir de casa, con los problemas para poderme mover; tanto las piernas como el resto de mi cuerpo ya no respondían. Cierta día paré de emergencia en una clínica, de la cual me trasladaron a un hospital, en donde ya no saldría al cabo de ocho meses, bajo un prolongado tratamiento de tres años, con el cuidado de especialistas y de

lo que para entonces quedaba de mi familia. Al no saber de ti durante aquel tiempo, sufrí enormemente, más que por la enfermedad fue de pensar que te habías olvidado de mí, sin siquiera saber que habías hecho todo lo posible para estar a mi lado. En todo caso, todo fue inútil, y al volver a casa no quise nunca volver a verte.

Transcurrido poco más de los tres años, mi vida dio luces de volver a continuar. Y un buen día, cuando por fin pude salir, pasé cerca de tu casa y uno de tus hermanos, tres años mayor que tú, que precisamente iba de salida, al verme pasar me saludó con una expresión que, más que seriedad, fue como de sorpresa entristecida, expresión que jamás le había conocido. Sin embargo aproveche la ocasión para preguntarle por ti como por casualidad, fingiendo desinterés. Entonces sentí un golpe tan profundo como el de aquel primer día que pase en el hospital con el peso del diagnóstico médico, cuando tu hermano me dijo, sin siquiera poderme ver a los ojos, que te habías ido lejos.

Tomo aire para continuar...

Sentí una burbuja en el cerebro y agua en el corazón. Sin preguntar o poder pronunciar una sola palabra, me aleje sin decir adiós, sintiendo entonces una terrible rabia contra ti, sentí que te odiaba por haberte ido, por alejarte... por olvidarte así sin más de mí.

Porque, de verdad, los recuerdos suelen recobrar una vida y cierta fuerza que te hace

flaquear, temer, sentir que sobrevives y a la vez te hacen querer morir en el pasado. Es cuando a mí no me daban ganas de pensar en nada, pero no pude... e inevitablemente fue cuando más pensaba.

Después de esa noticia recibí otro golpe que me hizo pensar en que “el destino” (si es que este realmente existe), se había empeñado en desbaratar todo mi pasado pretendiendo así que el presente fuera otro, totalmente distinto y sin ánimos de futuro. Mi bicicleta había desaparecido.

Empecé a buscar como loca la bicicleta, que no aparecía por ningún lado, a los pocos minutos llegó mi madre por detrás mío y me dijo que durante los primeros meses que llevaba en el hospital, habían perdido las esperanzas de que la pudiera volver a usar, y que además ésta se iba oxidando, por ello la vendieron (en realidad, yo más bien creo que la tiraron o la regalaron porque dudo que alguien haya querido pagar por aquel trasto viejo que, en todo caso, era mi único objeto de valor).

Un mes antes de todo aquello, papá recién se acababa de ir de casa y nos había abandonado, y por consiguiente, nuestra situación económica estaba por los suelos. Ese fue el fin para mí.

Pasé varios meses en pésimo estado, perdí la noción del tiempo, pase días sin pronunciar una sola palabra. Supongo que mi apariencia lo expresaba todo. Empecé a pensar que la muerte iba a llegar pronto y con algo parecido al horror, con algún otro dolor ad-

herido, porque de alguna manera, el miedo y ese oscuro sentimiento que me causó la humillación del cáncer, no desaparecerían así sin más, o al menos yo no aprendería a vivir con ello. Los dolores se amontonaron en mi minúsculo cuerpo y también en mi corazón. Me ardían los ojos de tanto llorar.

...

Pasó entonces que cierto día me harté de todo, me harté de que toda mi vida se hubiera convertido en una mala broma, ya había pasado casi un año de todo aquello y yo ya estaba cansada de permanecer recostada sobre una cama o de dar vueltas como sonámbula dentro del mismo espacio. Las mismas cuatro asfixiantes paredes.

De alguna manera debía superar tantas pérdidas, superar el dolor, el vacío que había dejado papá en casa, asimilar el hecho de perder todo aquello que había tenido: libertad, una salud ansiada, el tiempo a mi favor y, tenerte a ti a mi lado. Yo no había dejado de extrañarte y de recordar tu compañía en mis días de tristeza, en mis días de alegría, de tedio, de vacíos, de locura..., en todos mis días, pero sobre todo, las mañanas cuando corrías a mi lado. No obstante juré de alguna manera dejar de sentir tanto dolor acumulado en aquellos bellos recuerdos, reconociendo que a pesar de todo aún poseía una última y única fortuna: mamá estaba a mi lado.

Se sumaron otros largos años de lucha constante, días de coraje, días de intenso

dolor. Hasta que por fin, una buena parte de mi vida pude reconstruir (de alguna forma). Pude superar lo de mi enfermedad hasta poder controlarlo por completo, pude conseguir un empleo de tiempo completo y, con la ayuda de mis hermanas, los problemas económicos en casa fueron disminuyendo. Poco a poco fuimos superando la ausencia de papá, aunque claro, mamá tardaría mucho más para ello.

Empecé a alimentarme un poco más y a practicar una rutina de ejercicios diarios. Nunca, hasta aquella fecha, había vuelto a montar una bicicleta y tampoco deseaba volver hacerlo. Me aferre a los libros tanto como me fuera posible y por consiguiente ya no quise volver a tener contacto con nadie más, apenas cruzaba un saludo de gesto sigiloso con los compañeros de trabajo y, ya que las oficinas estaban a tan solo kilómetro y medio de casa, me quedaba de maravilla caminar todos los días para ir y venir, y tratar a toda costa de no cruzarme con nadie. No volví a tener un móvil para llamar o que me llamaran, y en el teléfono de casa solo accedía a contestar las llamadas del trabajo que fueran por alguna emergencia.

Año 2006, la temporada de lluvia había llegado tan puntual y con mayor intensidad que los últimos dos años. A mí la lluvia, como siempre, no me molesta pero para entonces ya no me solía causar ninguna emoción como antes, dicho de otra forma diría que: una vez que las heridas nacen, los días se alimentan de ellas.

Fue entonces, un jueves de agosto (creo), que a pesar de la lluvia, yo iba siempre a pie, con mi impermeable, botas de goma y paraguas, cuando, a tan solo quince o veinte minutos de llegar al trabajo, sobre la carretera, un vehículo se detuvo delante de mí, un Toyota Corola de color azul marino que no lograba reconocer, cuando estaba a punto de pasar de largo, alguien desde el interior bajo la ventanilla apresuradamente, con afán de que la lluvia no entrara al vehículo. Casi me caigo del susto cuando escuché que mencionaba mi nombre, al volverme para ver quién era, tuve que permanecer varios segundos tratando de reconocerle, hasta que al fin pude distinguir a Ernesto, el menor de tus dos hermanos. Había crecido y cambiado tanto, bueno, en realidad es que había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi. Me dijo que me había visto algunas veces caminando pero que no estaba seguro de si en realidad era yo (ya que a su parecer también yo había cambiado). La verdad es que no tenía el mínimo deseo de hablar con él, sin embargo sentí en ese momento algo que me lastimaba por dentro..., temía que quisiese hablarme de ti. Y así fue.

Me dijo que tanto él como su familia se habían ido a vivir al otro lado de la ciudad y que la casa que anteriormente habitaban la habían puesto en venta (yo, por supuesto, ya lo sabía).

Nunca supe por qué se habían mudado, tampoco pregunté, pensaba que era mejor

no saber y también evité a toda costa que alguien pretendiera decirme algo. Hoy creo que fue el peor error que pude haber cometido en la vida.

Luego de insistir por varios minutos, Ernesto me convenció de que aceptará hablar con él, al día siguiente por la tarde, al salir del trabajo. Accedí más que por inquisición, porque seguía lloviendo con fuerza y se me hacía tarde para llegar al trabajo. No dejaron de pasar ideas absurdas por mi cabeza en todo el día sobre qué me diría tu hermano sobre ti, los nervios poco a poco se iban apoderando de mí.

Llegó entonces ese día. Al salir del trabajo, allí estaba esperándome muy puntual, esa tarde, aunque la lluvia había cesado por completo, el cielo estaba nublado y había un poco más de frío. Fuimos a un café del pequeño centro comercial que quedaba cerca de donde vivo y entonces, estando allí, al escuchar palabra por palabra que brotaba de los labios de tu hermano...el mundo de nuevo se me dejó venir encima y, aunque de diferente manera, fue igual de doloroso y con la misma intensidad.

Cierto, te habías ido, pero no de la forma que yo había pensado...

Año 2001, habías acompañado a tu papá fuera de la capital, cuando venían de regreso en una tarde de domingo (última semana de abril). Un camión que conducía un hombre ebrio les salió al paso y chocó el vehículo de tu papá, sacándolos así de la carretera.

Según me contó Ernesto, el impacto fue del lado del copiloto, es decir del lado donde tú ibas, por lo que tu muerte fue al instante y que tu papá había sufrido heridas graves, de los cuales tardo varios meses en recuperarse (sin contar lo de tu pérdida, que puedo jurar, por la estrecha comunicación que tenían, sería irreparable).

Después de escuchar con la respiración cortada todos los hechos que tu hermano me narraba, sentí una mezcla espantosa de dolor, tristeza, vergüenza, soledad y... un profundo amor que me estremeció en medio de todo.

Antes de despedirme y agradecer a Ernesto por todo lo que me había contado y de sacarme de un limbo absurdo en el que me encontraba, me dijo que unos cuantos

meses antes de aquel accidente tú habías tratado mil maneras de comunicarte conmigo, pero que todos tus intentos habían fracasado, no tenías ni idea de donde estaba, cómo estaba y si volvería. Entonces, un día mientras conversabas con Ernesto, con quien solías tener mejor comunicación, le contaste que me escribirías algo, en vista de que tus otras opciones se habían frustrado, y que ibas a buscar la forma de hacerme llegar. Un sobre que días después encontrarían en tu habitación con mi nombre escrito. Con sensación de morir y revivir al mismo tiempo, tome el papel que me tendió tu hermano.

Llegando a casa, me encerré bajo llave, me senté sobre la cama, con llanto desencadenado al leer lo que habías escrito:

Querida Eli, ¿hace cuanto tiempo que nos conocemos?, no sé tú pero yo no recuerdo. Éramos tan pequeños, pero al menos yo, desde que te conozco mi vida se lleno de mágicos momentos. Gracias a ti, a tus sublimes locuras y tus deseos de vivir la vida tan a tu manera, tan autentica, se elevó mi espíritu por vez primera, como si tuviera alas y desde entonces me he sentido un ser humano feliz, con una especie de riquezas que no conocía, esas bellezas impalpables de la vida que me ayudaste a descubrir... a vuelta de ruedas...¡ah! ¡las ruedas de nuestras bicicletas!, que se dejaban ir con el viento, que nos conducían a los sueños perfectos, haciendo que nuestros días pasaran como fantasías y las tardes renovaban nuestras esperanzas de vida, con nuestros deseos prontos a cumplirse.

Yo en realidad aún no tenía claro qué hacer con mi vida, pero tú...tú soñabas con hacer tantas cosas y yo adoraba todas ellas. Entre todo admiraba de ti tu amor

por las letras, tu forma de sonreír, tu manera de expresar cuanto sentías... nunca mentí cuando te dije lo mucho que disfrutaba de verte y escucharte ensimismada en tus lecturas, aunque hiciera bromas de vez en cuando sobre ello, fingiendo que me burlaba de ti... Siempre fue admiración. ¿Por qué te digo todo esto ahora?

Simple:

Ahora que no estás... te extraño como nunca pensé que podría, te quiero mucho más de cuanto pensé.

Nunca fui tan bueno para escribir como tú y tampoco para expresar mis sentimientos pero heme aquí haciendo lo posible, hablándote con mi lacerado corazón en la mano.

¿Qué crees?! Si vuelves (lo cual espero sea pronto), ya no tendrás que sufrir por el trasto viejo (tu bicicleta), como tú le sueles llamar, ya que te regalo la mía.

Súper, ¿cierto?! Ah, y no te preocupes, ya veré cómo le hago para conseguir otra para mí, y así volveremos a nuestras andadas como antes, ¿Qué te parece?!, de todas formas no soportaba más verte sufrir en el “trasto viejo”, aunque bien sé cuánto aprecio le tienes a ese conjunto de tubos oxidados.

Es la primera vez que una chica me hace llorar... Tienes que volver Elí, te necesito.

Siempre para ti, Rado.

Como caparazón inventado, desentumesciste mi vida como en piloto automático, y muy humanamente sentí que sujetaste mi mano helada en medio del llanto y del silencio. Luego de exhalar un profundo suspiro, supe que siempre habías estado conmigo, que siempre vivirías y que... todo estaría bien. Lo juré por cuanto te quería.

Te imaginé sonriendo espléndidamente.

Sentí que vivía en un sueño, donde nadie puede vernos. Así es como te conviertes en mi magnífica arma para permanecer realmente viva. Despertaste el recuerdo de una chica feliz que se había dormido en mi corazón.

Respiro profundo y te revivo un poco a cada instante antes de lanzarme de nuevo a otras emociones, a vuelta de ruedas, como antes, como cada mañana en tu compañía.

Imaginando todo como antes: el verde profundo y brillante de las montañas, la lluvia fina e incesante, el polvo acumulado durante el verano, el viento de noviembre, las nubes largas y estrechas en las cimas azules como congeladas en las montañas, el cielo tan alto y de un azul impresionante, todo con las mismas sensaciones y emociones. Recordando, soñando, voy sobre tú bicicleta; riendo, hablando, llorando mientras atravie-

so el bosque, mientras escuchó el sonido de las hojas de los árboles como susurros en la lejanía, oyendo ladrar los perros.

Mi querido Rado. Aquí me tienes, con el presente reconstruido... con partes sustanciales del pasado.

Seguir Pedaleando

POR OMAR VELÁSQUEZ



21

Desde mi habitación escuchaba los gritos, las carreras y los mecanismos de las bicicletas que recorrían, en un intenso ir y venir, la calle y banquetas de la cuadra. Contrario a días anteriores en los que el deseo y el ansia parecía apoderarse de mis pies por correr hacia la diversión, medité mucho antes de dar el paso con el que atravesara el portón de casa. Soplaban un agradable viento que hacía tolerable los intensos rayos del sol que no encontraban nube alguna que les interfirieran. Comencé a caminar.

Semanas antes “los amigos de la cuadra” nos dimos a la tarea de decorar la calle —aunque los vecinos no vieron nada de decoro en el producto de nuestro esfuerzo—. Dibujamos con piedra pómez y ladrillos en el suelo: vías, arriates, áreas de parqueo, señales de tránsito y simulamos bancos, restaurantes, oficinas y uno que otro edificio que pareciera pertinente. Luego de mucho trabajo no hubo uno solo de nosotros que no se sintiera satisfecho con el resultado.

Se llegó el momento de la inauguración de la pequeña ciudad que habíamos creado. Todos corrieron a sus casas a sacar sus bicicletas y en un instante la escena se llenó de colores, tamaños y diseños. Todos, radiantes, recorrían las vías entre ruido, risas y pedalazos. Todos menos los pocos que no teníamos bicicleta.

Claro que era la ciudad de todos y todos queríamos participar de alguna manera en ella, pero solo caminar por la calle no hacía mucha gracia —a la fecha no conozco a ningún chico que guste de jugar a “los peatones”—. Decidimos pues, con mucha creatividad y derroche de imaginación, crearnos puestos de trabajo. A mí me tocó en suerte funcionar de semáforo en una de las intersecciones principales. Al principio me pareció gracioso, levantaba la mano de un lado y bajaba la del otro para luego girar noventa grados y repetir el ejercicio a mi gusto y antojo. Mi pequeña venganza para con un par de aquellos que no me caían muy bien consistía en tardar un poco más “el rojo” cuando deseaban cruzar y avisar a

la policía si no obedecían mis instrucciones. Pero la diversión comenzó a desaparecer cuando los brazos empezaron a reclamar lo injusto del trabajo que les había asignado.

Casi una semana había pasado y para aquel día estaba aburrido de pasar mis tardes como un semáforo. ¿Por qué no fui, aunque sea, policía de tránsito? Éstos terminan su jornada de trabajo, van a lugares de recreo, comen y dialogan con las personas, los semáforos no.

Sin mucho ánimo caminé hasta el sitio en donde desempeñaba mi labor pero lo pasé de largo. Algunos me preguntaron si iba a jugar a la ciudad aquella tarde, les dije que quizá después. Llegué a la esquina que estaba al final de la cuadra para contemplar la libertad que existía del otro lado, luego de un instante tomé el camino de regreso. A pocos pasos, sentado frente a su casa, estaba Teo tratando de acomodar la cadena de su bicicleta que se había destrabado. Me ofrecí a ayudarle y entre los dos la pusimos en su lugar. Su medio de transporte era rojo con adornos negros, bastante pequeño y tenía aún las llantitas puestas, esas que roban el glamour a toda bicicleta y a quien la maneja. La familia de Teo era de dinero, o eso parecía por la casa, las cosas y la cantidad de juguetes con que contaba. Le pregunté si me la prestaba para dar una vuelta. Sus ojos perdidos y sus abundantes y espesas cejas se apretaron, su boca se torció y su nariz se frunció. Emitió un “¡Eheeee!” tan extenso que estuve a punto de decirle que lo olvidara, pero antes de hacerlo emitió un “bueno”

que apareció en medio de un suspiro desgastado, como quien resignado acepta la culpa sobre una falta grave.

Me monté al vehículo y comencé a pedalear. No hacía mucho que había aprendido a manejar bicicleta y las llantitas me hacían estorbo. Escuchaba comentarios de quienes circulaban a mi alrededor, uno que por qué Teo me habría prestado la bicicleta, otro que no sabía que yo supiese manejar, alcancé a escuchar la burla de uno de a pie quien aseguraba que aquella era muy pequeña para mí y otra de uno que se puso a la par mía para decirme que me veía ridículo con las dichosas llantitas. Cada vez pedaleaba más fuerte. No me importaba lo que opinaran o comentaran, había aprendido a ignorar mucho de la forma de ser de mis vecinos. Yo solo quería disfrutar lo más que pudiera aquellos dos o tres minutos que tardaría en regresar donde Teo. Pedaleé lo más fuerte que pude.

Al final de la cuadra existía una rotonda y luego de ella un barranco. Cuando faltaba poco por llegar quise accionar los frenos pero no pude, las manijas estaban en extremo duras. No pude reclinar la bicicleta para girar pues las llantitas lo impedían. Di un par de saltos cuando las llantas chocaron contra el borde que ponía límite a la calle y me encontré en medio de una caída acrobática por el barranco.

No estoy seguro si el instinto obliga a cerrar los ojos o a abrirlos para tratar de anticipar lo que pasa y buscar la forma de no

seguir cayendo. Yo solo veía un constante pasar frente a mí del celeste del cielo y del verde y marrón del monte y la tierra. Tenía la sensación de que en mi caída daba vueltas aún sentado sobre la bicicleta. Más que miedo creo que en ese instante sentía intriga por saber cómo iba a parar: no como resultado final de aquella anécdota, sino de la forma en que lograría detener mi caída.

En mi espalda quedó un pequeño burrunché de monte quemado, los que quedan cuando alguien de escaso juicio intenta limpiar la maleza con fuego. Tendido bocarriba fui viendo cómo los rostros y los ojos colmados de curiosidad de mis amigos asomaban en lo alto. Uno de aquellos, Roberto, que era de los más grandes, bajó con envidiable habilidad como a quince metros retirado de donde yo estaba, porque fue ahí en donde quedó la pequeña bicicleta, se la echó al hombro y antes de subir volteó a verme y gritó preguntándome si estaba bien. Le contesté que sí, aún tumbado pero esforzándome por mostrar toda la apatía que me fue posible porque no esperaba esa acción de uno de los pocos a quien consideraba un amigo de verdad. Creo que bajó por la bicicleta porque le fue más importante quedar bien con el niño ricachón de la cuadra. Cuando me reincorporé volví la vista hacia el fondo del barranco, resultó ser que dos metros después de donde me había detenido había una caída que seguramente me habría arrebatado la vida. Me acerqué a ella y contemplé por un par de minutos el lugar en donde me imaginaba yacido e inmóvil.

No fueron más de tres los que se quedaron a ver cómo logré subir. Me fui a casa y busqué un espejo porque aparte de brazos y piernas, sentía mi rostro herido. Bromeando llegué con mamá a mostrarle que mi rostro había quedado marginado de rojo —en ese entonces era común que en el colegio mandaran a marginar con tinta roja las páginas de los cuadernos—, en espera de que no me regañara por imprudente y por lo mal que había quedado mi pantalón. Mamá sólo dijo un “¡Ay mijo!” más de desgano que de preocupación, y me mandó a lavar la cara.

Al día siguiente salí de casa más decidido. Caminé aprisa por la calle hacia la esquina y salí de la cuadra dirigiéndome a la cancha de fútbol donde pasé toda la tarde entre polvo, patadas y gritos de gol. Nunca fui de guardar rencores ni de asignar culpas que no competen, pero ya no tuve interés en jugar a la ciudad y me alejé todavía más de “los amigos de la cuadra”.

He contado ésta historia varias veces, en ocasiones con un tinte dramático por lo cerca que estuve de morir, pero la mayoría entre risas y jolgorio por lo gracioso de la escena en que no logré activar los frenos. No obstante nunca, hasta ahora, he compartido un pensamiento que se me ha enraizado, una pregunta a la que no logro encontrar respuesta, una duda que por momentos se hace realmente molesta: sé que pude haberme tirado al suelo antes de caer al barranco; también sé que pude asentar los pies al asfalto y forzar la frenada; o pude poner un pie en la llanta trasera

para obligar a la bicicleta a bajar de velocidad, pero no logro comprender por qué insistí en seguir pedaleando hacia el vacío, como queriendo enfrentar una caída de la que sabía que no saldría victorioso.

El anciano

POR STEPHANIE BURCKHARD



25

Viernes: Mi tarea de contar vallas se interrumpió a eso de las cinco de la tarde. Me distrajo un anciano sin zapatos sentado a la orilla de la calle. Seguí su mirada, pues observaba algo sobre la carretera, era su bicicleta descuartizada.

Por lo visto tuvo la desdicha de que alguien lo atropellara durante la hora pico de la ciudad. Los carros, los camiones, los perros callejeros y los peatones pasaban a su lado sin prestar atención.

Su transporte seguía tambaleándose de la llanta trasera. Parecía que el objeto se retorció de dolor. El momento de la tragedia se prestaba para capturarla a través de una fotografía. El fondo del anuncio navideño de gaseosa, el anciano y la bicicleta, todo en su conjunto daba tristeza.

Repasé muy bien su mirada. El anciano seguía sin moverse debido a que el cansancio de la jornada había penetrado su piel hasta mostrarse en sus arrugas. ¿Cómo regresaría a su hogar? Me dieron ganas de bajarme

del auto y ayudarlo, pero había tráfico y me faltaban cuatro cuadras para llegar a dónde estaba. «Ojalá alguien le ayude», pensé.

Estuve un buen tiempo allí, con la mente y el cuerpo atormentados. El semáforo aún en rojo, yo dentro del carro y el anciano infeliz continuaba allí abstraído del mundo, observando su vieja bicicleta. En ese momento fui lo extremadamente anticuada y romántica creyendo que lo iba a ayudar sólo con mi mirada.

Poco a poco la multitud se fundió a su alrededor. Los automóviles pasaban lento para observar el cuadro. Sus zapatos flotantes, llenos de lodo seco los recuperaron del pavimento. Una señora regordeta, con delantal, se le acercó. Quizás una vecina, de esas que siempre están al tanto de todo, le brindó un vaso de agua para el susto. El anciano reaccionó. Parecía que le era imposible beber de aquel jarro extraño sin quedar sujeto a las miradas de todos, incluyendo la mía.

El semáforo dio verde. Quería ayudar al anciano, bajarme y decirle que todo estaría

bien. Subir su bicicleta al carro y llevarla a componer. Rendir honor a ese héroe anónimo de la naturaleza. La idea la aprobó el corazón, pero no mi cuerpo, ni mi mente: tenía examen en la Universidad. Pasé de largo sin perder la vista del anciano, quién ahora había sustituido su mirada por unos párpados cerrados, arrugados y bien tiernos, como elásticos. « ¿Estaría muerto? », me pregunté. Las personas se apelotonaron, la mujer regordeta gritó. No quise saber la razón.

Ya en el aula superé la pequeña dificultad de bajarme y ayudar al anciano. Las arrugas de su rostro y mis ideas se difuminaron mientras escribía un excelente ensayo sobre la importancia de recuperar el tejido social en el país.

Equilibrio

POR SILVIA GARCÍA



27

Habían pasado tan solo un par de semanas desde su cumpleaños número ocho cuando una tarde su padre la sorprendió con un regalo inesperado. Era un juguete de su color favorito, con dos ruedas grandes y otras dos pequeñas, una canasta color rosa al frente que hacía juego con la moña que llevaba. Ese día, conocería la sensación que años más tarde asociaría con diferentes situaciones; eso a lo que llamaban “mariposas en el estómago”.

La primera vez que intentó subirse casi cae al suelo, afortunadamente su padre estaba cerca y cayó en sus brazos. Esos momentos que normalmente tomaban lugar los fines de semana, quedarían en su memoria y su corazón para siempre. Su padre estaba enseñándole a manejar aquel artefacto que pasó de ser un juguete a un desafío. Quería manejarlo a la perfección.

Un evento memorable eran las horas de los días sábados que su padre tomaba para enseñarle a manejar la bicicleta. Compartir un tiempo con su héroe no era usual debido a

su horario de trabajo. Cada logro, raspón o susto al perder un momento el equilibrio desencadenaba en momentos de risa y felicidad que ambos compartían luego, en casa, con su madre y sus hermanos.

Antes de lo que pensaban, las llantitas de soporte dejaron de ser necesarias y cuando menos lo esperaba, estaba manejando con equilibrio en medio del parque lleno de árboles de jacaranda en su esplendor. Aquel camino lleno de flores de su color favorito combinaba con su bicicleta y también con los pequeños golpes que se había ocasionado al aprender a manejarla.

Pasaron muchas tardes en las que manejaba su bicicleta sola por el parque; compartió los momentos en que sus hermanos menores aprendían a manejarla con habilidad e incluso hacían alguna suerte de acrobacias. La sensación de las mariposas en el estómago no se iba, tampoco la de la libertad del viento sobre su rostro, que despeinaba su cabello y le enseñaba a tomar el camino que le dictara su corazón.

No pasaron ni siquiera ocho años después de recibir su regalo, cuando le sugirieron que no utilizara más su bicicleta, una señorita debía cuidarse y no podía andar sola en el parque porque algo malo podría sucederle. Pronto la sugerencia se volvió una imposición y no tuvo más remedio que seguir las reglas de la casa. Esa niña que un día se sintió libre como el viento que acariciaba su rostro, ahora se volvía una señorita no tan segura de su libertad e iniciaba el camino de los prejuicios.

Su cumpleaños número veinticuatro fue marcado por un suceso que recordaría siempre: por primera vez le rompieron el corazón. Ahora conocía la sensación de las mariposas dejándose de mover en el estómago y descubría que era más frágil de lo que pensaba, aunque también encontraría la fuerza que la haría crecer como mujer.

Decidió cerrarle las puertas al amor, pero el amor siguió insistiendo y finalmente encontraría a una persona que le daría equilibrio a su camino. Ocho años más tarde se recuperaba por completo de su corazón roto, conociendo el amor más puro que experimentarían en toda su vida: fue madre de una hermosa niña.

Parecía recorrer tranquila el camino de la maternidad, no tenía prisa por tener demasiados hijos y con su primera hija se sentía muy feliz. A las puertas de su cuarta década sucedió algo que para ella era un milagro. Un día de abril, en el parque lleno de sus árboles favoritos le dio la noticia a su

compañero de vida; nuevamente serían padres. Su hija tenía casi ocho años cuando recibió como regalo una bicicleta y un hermoso hermano unas semanas antes de la Navidad.

Victoria y sus hijos estaban unidos por palabras e historias que solo ellos conocían. Sus momentos, divirtiéndose en el parque o en casa descubriendo nuevos universos de letras, les pertenecían únicamente a ellos tres.

Un poco antes de la mitad de su sexta década de vida, fue abuela por primera vez. Tuvo tiempo, energía, amor y salud suficiente para compartir con sus nietos. Las tardes llenas de comida e historias deliciosas nunca hicieron falta. Era la enfermera y animadora preferida de sus nietos cuando éstos emprendían el reto de manejar la bicicleta. En repetidas ocasiones les contaba cuando ella había aprendido a manejarla y cuánto habían cambiado las bicicletas desde aquel entonces.

Curiosamente, la vida la sorprendía de manera especial cada ocho años. Había escuchado que la gente decía que los ciclos de vida eran como los de las células de nuestro cuerpo y duraban siete años. Ella entendió que sus procesos tomaban más tiempo y que por lo valiosos que eran, debía esperar. Para bien siempre, aunque las situaciones parecieran dolorosas en el momento, tenía instantes memorables para recordar de cada uno de sus ciclos.

Más de ocho décadas después de recibir su primera bicicleta, recibiría como regalo un nuevo camino. Compartió con los que le rodeaban que el amor y la muerte eran como las llantitas de la bicicleta, los necesitábamos para darle equilibrio a la vida y con esas palabras, emprendió el camino hacia la eternidad.

Agradecimientos



El viaje del escritor es una iniciativa de Lectores Chapines. En esta ocasión es posible gracias a:

- **Omar Velásquez**
Revisión y edición de los textos.
- **Aroldo Orellana**
Reflexión inicial.
- **Stephanie Burckhard e Iván E. Mendoza**
Convocatoria en Internet.
- **Iván E. Mendoza**
Diseño y creación del ebook.

Fotografías

Reconocemos los beneficios de las licencias Creative Commons, y así como las promovemos también nos apoyamos en ellas para nuestros proyectos. Todas las fotografías en este documento, excepto la portada, se encuentran bajo licencia [Creative Commons Atribución 2.0 Genérica](#) o [Atribución CompartirIgual 2.0 Genérica](#). Los créditos en orden de aparición:

“**Cyclist**” por Jason Thaya, en Pedaleando pensamientos.

“**Man walking with bike**” por Johan Hansson, en Paseando la bicicleta.

“**Sunset and bicycle**” por Guigo.eu, en Ruedas.

“**IMGP2119**” por Shinichi Sugiyama, en Vidas en doble rueda....

“**Airborne**” por Elsie esq, en Seguir pedaleando.

“**Old man and Bike**” por Mohannad Khatib, en El anciano.

“**IMGP3656**” por Shinichi Sugiyama, en Equilibrio.

“**Autumn cycle**” por Mo Riza, en esta página Agradecimientos.

“**Vintage Bicycle...**”, fotografía de portada, pertenece a Andrea Zanchi, derechos reservados.

Para más información escribe a viajedelescritor@lectoreschapines.com.